

LA TEOLOGÍA EN ESPAÑA*

LUIS OVIEDO TORRÓ

Olegario González de Cardedal está entre los mejores teólogos españoles, con un amplio perfil público, y es uno de los que mejor conocen la realidad eclesial. Su obra es muy extensa; ha tocado distintos campos y temas desde una perspectiva entre sistemática y sapiencial; es un gran conocedor de la cultura en toda su amplitud histórica, literaria e intelectual. Además, su larga experiencia y madurez hacen de él un autor a tener en cuenta, cuyas opiniones deben ser siempre escuchadas y valoradas. Por estos motivos su última entrega, esta voluminosa historia de la Iglesia y la teología en España en los últimos cincuenta años, merece atención y estudio. Pocos como él gozan del prestigio y autoridad necesarios para realizar un balance de estas características. Nos encontramos ante un testigo privilegiado de eventos y procesos que han dibujado ese periodo histórico y han trazado las líneas que

conducen hasta el momento presente, explicando sus luces y sus sombras.

Trataré en primer lugar de describir esta amplia obra, su distribución y grandes rasgos. A continuación pasaré revista a su contenido, presentando los temas que me parecen más destacados. Por último intentaré establecer un diálogo con el autor, como merece la calidad de la obra.

El libro se compone de tres bloques. El primero reúne dos grandes recorridos históricos: uno que sigue la producción teológica en España desde el 1959, una fecha que marca una cierta escisión respecto de la década anterior; destacan las relaciones con la producción teológica europea, la influencia del Concilio Vaticano II, y la irrupción de las teologías prácticas. Un segundo recorrido hace lo propio en relación con la Iglesia española a varios niveles: de sus pastores, de sus relaciones con el ámbito cultural y político, con los medios, y

* OLEGARIO GONZÁLEZ DE CARDEDAL. *La teología en España (1959-2009): memoria y prospectiva*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2010, pp. 597, 35.00 €, ISBN: 978-84-9920-061-3.

con la Santa Sede. Se sigue un ritmo de décadas, que sirven para organizar mejor o periodizar esa época convulsa. La opción de situar en primer lugar el desarrollo teológico y después el eclesial parece invertir el método convencional: describir primero el contexto de la producción teológica. Bastantes temas y referencias se reiteran entre ambos tratamientos, lo que sugiere la dificultad de separarlos.

El segundo bloque reúne siete ensayos ya publicados entre 1963 y 2009, todos ellos relevantes para el conocimiento de la teología en España en ese periodo. Se trata de análisis y descripciones sobre el despliegue teológico español sobre todo tras el Vaticano II, las distintas trayectorias seguidas, sus inspiraciones y relaciones con otros ámbitos de la producción teológica contemporánea. El lector encuentra a menudo temas ya tratados en el primer bloque, aunque su presentación permite descubrir líneas de continuidad en las preocupaciones y análisis del autor.

El tercer bloque es el más breve; contiene dos capítulos que miran al futuro de la teología, en general, y del teólogo, en particular. Se trata de la parte más ‘sapiencial’, con indicaciones sobre la integridad de la tarea teológica y orientaciones sobre la vocación de quienes se dedican a ese menester.

Con respecto al contenido o a las ideas centrales en este amplio análisis, una primera impresión es que el libro responde a una cierta insatisfacción, a un desasosiego que el autor vive de forma personal ante el divorcio que se percibe entre la Iglesia, la sociedad y la cultura en la España actual. La pregunta de fondo es qué ha fallado para que

nos veamos en una situación tan injusta y decepcionante. De hecho un tono de queja o de desengaño resuena en estos textos por lo que ha sido y es la teología española en el periodo analizado. Una de las expresiones más contundentes de esa ‘decepción’ se expresa en las primeras páginas: «La Iglesia ha sido un factor decisivo de la vida nacional en estos decenios, y sin embargo no ha explicado suficientemente su actuación ni ha interpretado su desarrollo» (16).

El autor se refiere a tres dimensiones de la teología que deben coordinarse para superar posibles patologías: los elementos racionales y positivos; los experienciales o espirituales; y los dogmáticos o eclesiales. Parte de los fallos de la teología de España se deben a la pérdida del equilibrio entre esas dimensiones, lo que ha terminado por enajenar dicha reflexión a veces de la sociedad o la cultura ambiente, y otras veces respecto de la Iglesia institucional. De hecho la reconstrucción histórica de los decenios a los que el libro pasa revista puede ser descrita como la sucesión de excesos de uno o de otro signo que habrían afectado a la capacidad teológica de mantener el diálogo entre Iglesia y sociedad, entre fe y razón. La lista de citas fallidas con la historia comprende: la incapacidad de realizar un examen de conciencia tras la postguerra (35); la falta de inserción en la Universidad (43); y la incompreensión de los procesos de diferenciación social modernos, o bien el exceso de identificación entre sociedad civil e Iglesia (48). Parece que se salva de este panorama negativo la etapa de la transición política a la democracia, con el protagonismo de la Iglesia y de autores que supieron

tender puentes de diálogo entre fe y cultura, entre la Iglesia y la sociedad. No obstante esa época duró poco. Una interpretación que ofrece don Olegario apunta al cambio de rumbo y estrategia tras la elección de Juan Pablo II (147), aunque las raíces del desencuentro son más amplias y tienen que ver con procesos en el campo político y en profundos cambios culturales. La teología muestra en medio de todo una cierta 'pobreza institucional' o falta de profesionalización (75), lo que claramente afecta a su desarrollo y alcance. A ello se suma desde mediados de los años setenta la eclosión de una teología más orientada a la praxis y menos dada a la reflexión rigurosa.

La teología adolece en el diagnóstico del autor de una falta de compromiso con las ciencias (93); de un exceso de dependencia de los centros romanos, con poca proyección más allá; de ciertos déficits filosóficos; y de un gran retraso en la apertura al panorama anglosajón (487 ss.). Lo peor de todos modos, en este elenco de los males que han aquejado a la Iglesia española, es la «deserción respecto de la cultura» (103, 175), es decir su ausencia en los grandes debates, en los desarrollos intelectuales y artísticos de nuestro tiempo, y —en sentido opuesto— la ingenua asimilación de los gustos y criterios dominantes.

No podía faltar una referencia entre los problemas que vive la Iglesia española a la secularización o a la indiferencia religiosas (162, 173). La clave interpretativa busca motivos de esa deriva en la hostilidad ambiental y en la incapacidad eclesial de gestionar la situación.

Los dos capítulos que cierran el libro contienen un germen de esperanza, en la oferta de un modelo de teología y de vocación teológica abierto al futuro. Sabiduría, profecía y mistagogia son los elementos centrales de dicho programa, que además tiene que hacer las cuentas con la razón, la revelación y la encarnación. Del teólogo se resaltan tres dimensiones: la intelectual, la moral y la religiosa. De nuevo el autor invita a restablecer equilibrios y a integrar facetas que impidan andaduras parciales y presentaciones sesgadas de la fe.

Los libros de Olegario González de Cardedal siempre 'dan que pensar' y tienen, como uno de sus méritos más innegables, la capacidad de suscitar diálogo y una profundización en sus argumentos de continuo interés. Lo primero que viene a la mente en la lectura de muchos pasajes de este libro es ¡cuánta razón tiene don Olegario! Pertenezco a una generación teológica más tardía y desconozco buena parte del escenario teológico de las dos primeras décadas descritas; sus reflexiones son iluminadoras y ayudan a comprender las raíces de los desarrollos posteriores. En lo que he vivido más de cerca no puedo sino compartir los diagnósticos y —en buena parte— el desengaño y frustración que se expresa a lo largo de estos capítulos. De todos modos, no sería diálogo sólo dar la razón a lo publicado. Mi experiencia es seguramente distinta, he llegado más tarde que él y mi formación ha seguido otros recorridos. Por eso quiero aprovechar la ocasión para prolongar los análisis de don Olegario desde un amistoso coloquio.

Desde mi punto de vista una buena parte del problema de la teología española –y europea continental– ha sido el considerable retraso e ingenuidad a la hora de diagnosticar los males que sufría la fe y que afectaban profundamente a la Iglesia desde los años setenta. Me refiero fundamentalmente al problema de la secularización o de la indiferencia religiosa. El autor lo reconoce en parte, él fue además uno de los pocos que –sensible como siempre ha sido al ambiente socio-cultural– detectó esos riesgos en su colección de ensayos *La gloria del hombre* (1985). Sin embargo da la impresión de que, una vez más, el pronóstico se desvía de la realidad al atribuir buena parte de la culpa a intencionalidades políticas y de agentes mediáticos e intelectuales hostiles a la fe, además de la cerrazón eclesial, que ha reaccionado a la defensiva ante dicho ambiente negativo. La teología habría podido aprender mucho si hubiera dedicado más tiempo al estudio de las ciencias sociales a la hora de comprender el declive religioso en las sociedades avanzadas, y los teólogos españoles se habrían despabilado más si hubieran sido capaces de leer los ‘signos de los tiempos’ desde una teología más ‘empírica’, en grado de seguir los indicadores de religiosidad y su evolución. Por ejemplo, se habrían dado cuenta de que dichos indicadores seguían reflejando un declive también durante los ocho años con un gobierno supuestamente más afín a la Iglesia (1996-2004), y que ese proceso se daba en toda Europa occidental, independientemente de otras variables.

El problema de fondo es que la teología española no ha entendido la

secularización y sus grandes amenazas, no se ha elaborado a partir del reto que supone, ni ha producido respuestas adecuadas. En el fondo, aquí anida otro gran problema que afecta a la teología en general y a la Fundamental en particular: la pérdida de la dimensión apolo-gética. Tras el Vaticano II se adoptó una actitud conciliadora y positiva respecto de la cultura moderna y se consideró superada la actitud apologética. Por un lado se perdió la capacidad de responder a retos y objeciones que la fe encontraba en su andadura histórica; pero además la teología, también la española, salvo raras excepciones (entre las que se encuentra D. Olegario y el añorado J.L. Ruiz de la Peña), se ha vuelto demasiado autorreferencial y ha perdido su vocación dialógica, que la había caracterizado desde antiguo, cuando optó por mantener una vía abierta a la razón.

El problema apenas reseñado tiene que ver con la incapacidad que el autor señala de establecer una recepción más consciente y decidida de la razón científica, un campo en el que la teología española padece un considerable retraso. Al perder la vocación dialógica, nos hemos desinteresado de esos escenarios de la razón que siempre hemos considerado demasiado ‘extraños’ respecto de la tradición teológica. Se ha producido una mutua alienación y la lamentable consecuencia de que la mayoría de nuestros colegas en las facultades científicas no nos tomen en serio a los teólogos, o nos consideren productores de un discurso a lo sumo ‘inspirador’, como una especie de poética.

Estas carencias entroncan con el otro problema que señala el autor: la

distancia del mundo anglosajón, en donde el diálogo con la ciencia surge y madura. Lamenta don Olegario que nos ignoren los ingleses y americanos. Lo cierto es que me siento entre los poquísimos teólogos que conocen y valoran en la Península Ibérica el pensamiento y la teología en lengua inglesa. La presencia española en los coloquios y congresos en esas áreas brilla por su ausencia, lo que también se percibe en las numerosas citas y publicaciones de ciencia y teología. Algo está fallando para que la teología siga esa senda de espléndido aislamiento en la que se ha instalado, y que da mucha razón al diagnóstico de don Olegario, que resiente la incapacidad de tender puentes con la cultura actual, de ser fermento, de poder ser reconocida como interlocutora en los grandes debates en curso, de poder responder a las preguntas que creyentes y no creyentes se hacen, en lugar de desarrollar respuestas a cuestiones que nadie se plantea.

Por último hay que lamentar el bajísimo nivel de asociacionismo entre los

teólogos españoles, algo que no se da en otros países, y que refleja una falta de diálogo y mutuo estímulo imprescindibles en cualquier disciplina que aspire al rigor científico. No encuentro explicaciones satisfactorias, aunque sospecho que las asociaciones de teólogos han sido vistas con recelo en algunos sectores eclesiales, en los que se entiende la teología como un mero servicio a la formación de seminaristas y a los intereses de los pastores.

Creo que hay que incidir más en algunos de estos puntos, y estimular las nuevas generaciones de estudiantes de teología a situarse mejor ante estos retos, para ofrecer respuestas más convenientes. Sólo así el teólogo podrá recuperar su función en la Iglesia de ser observador cualificado de la realidad, de realizar diagnósticos certeros de los signos de los tiempos, y de ofrecer respuestas adecuadas para que los pastores puedan tomar las decisiones más adecuadas y los fieles pueden comprender que la fe cristiana sigue siendo a pesar de todo una opción razonable.

